

Directora de la Colección
Celeste Soledad Gonzalía

Diseño y diagramación
Carlos Bonardi
Celeste Soledad Gonzalía

Texto
Besie Kirilovsky de Benzadón

Ilustraciones
Carlos Bonardi

ESTRELLITAS DE CHOCOLATE

Texto: **Besie Kirilovsky**
Ilustraciones: **Carlos Bonardi**



Este cuento no lo voy a empezar con:
"Había una vez..." y creo que no lo voy a terminar
con: "... y fueron felices...", etc.
Porque este no es un cuento con príncipes y hadas.
Esto me pasó la semana pasada cuando volví de la
escuela muy contento con tres ¡Te felicito!
de la señorita Paula, mi maestra.

En realidad la señorita Paula no es señorita, está
casada y tiene tres nenas. Una de ellas va a cumplir
ocho años, como yo. Pero le decimos Señorita Paula
porque para los chicos, la maestra es siempre señorita.

Estaba muy contento con mis tres ¡Te felicito!
y tenía muchas ganas de mostrárselos a todo el mundo.
Todo el mundo eran mi hermano Carlos y mamá,
que recién había vuelto del trabajo y estaba
calentando las milanesas.





Carlos tenía puesto su walkman y estaba con los ojos cerrados en el sillón de papá, que hasta la noche no vuelve de su empleo. Parecía un marciano. Está siempre escuchando música y mi mamá dice que vive en la luna de Valencia, pero no sé por qué lo dice, porque, en realidad, Carlos está en casa con nosotros y nunca viaja en cohete espacial.

Mamá sonrió cuando le conté sobre los ¡Te felicito! de la señorita Paula. Me abrazó fuerte. Cuando mamá me abraza, me parece que el mundo es un gran alfajor de chocolate. No sé si me entienden.

Los abrazos de mamá (con olor a rosas y milanesas) y el alfajor de chocolate son, seguramente, las cosas más lindas de la tierra.

Pero cuando me soltó, la miré a los ojos (que también parecen de chocolate) y me di cuenta que algo pasaba: no tenían estrellitas.

Mientras comíamos las milanesas, nos contó. Carlos se había sacado el walkman pero seguía teniendo cara de marciano.

—Llamó el tío Francisco— dijo mamá. —Hubo un gran incendio en el pueblo. Se quemaron los bosques y el aserradero donde trabaja. También su casa. No sé donde van a ir. Él y la tía Yolanda se pueden acomodar, pero no saben qué hacer con las mellizas—. (Las mellizas son mis primas chaqueñas; una peste: miran novelas y no saben nada de fútbol).

—Pensé que podrían pasar con nosotros una temporada, hasta que todo se arregle— dijo mamá bajito.

—¿Acááá?— Carlos lo dijo tan fuerte que me sobresalté. —¿Adónde van a dormir, si se puede saber?—.

Sabía cómo seguía la historia. Las plomos usarían mi cuarto y yo terminaría en un colchón en la pieza de mi hermano, donde siempre soy el rey de los intrusos. Carlos se levantó, se puso los auriculares y... de vuelta a Marte.

Los ojos de chocolate de mamá se hacían más chiquitos.

—Es solo por un tiempo— imploró.

Me dieron ganas de abrazarla, sumergirme en las rosas y en el chocolate. —Y bueno— aflojé, —¿para qué está la familia?—.

En los ojos de mamá se encendieron estrellitas doradas.

—¡Te felicito!— me dijo.

—Y van cuatro— pensé yo. Cuatro en un día.

